

ARTURO GAYUELA PELLIZZARI.

LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.

BIOGRAFÍA.

TRABAJO LAUREADO EN EL CERTÁMEN CIENTÍFICO LITERARIO CELEBRADO
EN CÁDIZ EL DÍA 9 DE OCTUBRE DE 1887, BAJO LOS
AUSPICIOS DE LA REAL ACADEMIA GADITANA DE CIENCIAS Y ARTES.

1888.

PAMPLONA.

Imprenta y librería de Joaquín Irujo.

Mercaderes, 19.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.

BIOGRAFÍA.

TRABAJO LAUREADO EN EL CERTÁMEN CIENTÍFICO LITERARIO
CELEBRADO EN CÁDIZ EL DÍA 9 DE OCTUBRE DE 1887,
BAJO LOS AUSPICIOS DE LA REAL ACADEMIA GADITANA
DE CIENCIAS Y ARTES.



PAMPLONA.
Imprenta y librería de Joaquín Lorda.
Mercaderes, 19.

1888.

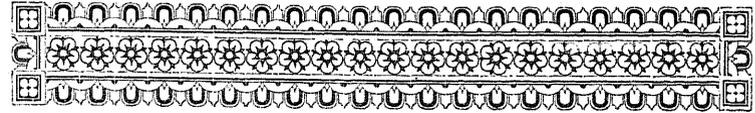
A la Excm. Diputación
Provincial de Cádiz, una ilus-
tre del eminente Cádiz.

El Autor.

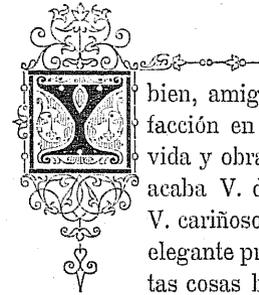
Lema.

Honor sapientissimæ Hispaniæ
dicere semper fuit: **NON ALTER:**
NON PLUS ULTRA.

J. AGUIRRE.



CARTA-PRÓLOGO.



Y bien, amigo mio; he tenido legítima y verdadera satisfacción en leer el trabajo biográfico que, respecto á la vida y obras del justamente célebre agrónomo Columela, acaba V. de escribir, y no puedo por menos de dar á V. cariñosos y entusiastas plácemes; 1.º por esta última y elegante producción debida á su inspirada pluma, que tantas cosas buenas produce; y 2.º por el lauro obtenido en el trabajo á que aludo en el certámen celebrado bajo los auspicios de la docta Academia Gaditana de Ciencias y Artes; la cual, sea dicho entre paréntesis, honra sobremanera á la hermosa Capital andaluza patria de Castelar, y de tantos otros genios antiguos y contemporáneos.

Aún andan esparcidas sobre mi bufete, en revuelta confusión, las cuartillas referentes á la citada biografía; porque, le hablo con franqueza; jamás siento cansancio en leer si logro topar con una de esas buenas obras como las que V. escribe (lo malo abunda por desgracia) y cuanto más me fijo en algunos de los párrafos de su premiado opúsculo, más tentaciones me dán de reñirle y sacarle á la pública vergüenza. Y ¿porqué? estoy seguro de que me dispara á quema ropa esta pregunta; por la sencilla razón de que V. vale; porque V. tiene conciencia propia de cuanto ofrece al público, y es lástima grande que, ó sea tan perezoso, ó no tenga presente y aun olvide en ciertas oca-

siones, sus legítimos triunfos conquistados en el honroso palenque de la literatura.

Pero volvamos á Columela; es decir: á la biografía de este hombre ilustre.

Una de las cosas que, al leerla, han llamado más mi atención es la abundancia de datos y noticias que dá V. sobre la vida privada y científica del mejor de los sabios agrónomos de la antigüedad.

Hasta ahora eran muy pocos y casi nada interesantes, bajo el punto de vista social, los antecedentes que teníamos de Columela; y, siendo esto así. ¿En dónde diantres ha ido V. á buscar los que hoy nos proporciona? ¿Qué género de investigaciones ha efectuado para relarnos, con tales pormenores y tanto lujo de detalles, las peripecias de la azarosa vida del primer poeta didáctico, filósofo, naturalista y botánico andaluz?

Sorprende á primera vista que lo que muchos podían haber escrito y no lo han hecho aún, por dificultades inherentes á empresa tan árdua y difícil, lo haya ejecutado V; pero, ¿de qué manera? perfectísimamente; con una copia de datos imposible de obtener si no es recurriendo á muchas y muy distintas obras de todas las Bibliotecas; y aun así; ¿qué de esfuerzos ha tenido que vencer su voluntad antes de conseguir el propósito que le animaba!...

De Columela lo único conocido hasta aquí eran sus obras, si bien de una manera imperfecta; pero V., no solo ha llenado con su opúsculo los grandes vacíos existentes en la vida del célebre Gaditano, sino que, á fuer de curioso y entusiasta investigador, nos ha enseñado lo que ignoraba en España todo el mundo, incluso los biógrafos de oficio; esto es: que el precioso tratado de *Arboribus* consta, contra la vulgar opinión y creencia general, más admitida, de un nuevo tomo; merced al hallazgo de Gornhassan en la Biblioteca y Archivo del Vaticano en Roma; y esta enseñanza de V. vale mucho, tratándose de una obra científica que, como la *De Ré rústica*, ha servido, sirve y servirá siempre para redactar los tratados magistrales sobre Agricultura en la época contemporánea.

Así lo ha debido comprender el Jurado del Certámen; pues si la expresada biografía no tuviera otras bellezas de gran bulto, bastaría por sí solo este detalle para conferir á V. el lauro apetecido; del cual, con sobradísima justicia, puede y debe enorgullecerse.

Usted ha prestado á la ciencia biográfica un servicio á todas luces importante y muy digno de recompensa; ¿qué mucho, pues, que logre

envanecerle (á pesar de su natural modestia) el lauro que hoy une á los muchos conquistados durante su laboriosa carrera literaria?

Lo único que noto en la biografía de Columela es que se detiene V. muy poco en el exámen crítico de sus obras; pero ya sé lo que ha de contestar á esta objeción; que el programa del certámen ceñíase á pedir datos biográficos sobre la *vida* de un hombre ilustre de la provincia gaditana en ciencias, artes ó letras; y V., ajustándose, como de costumbre, á dicho programa, no ha creído conveniente ni oportuno meterse en honduras que, después y todo, no se le pedían. Ha hecho V. perfectísimamente y alabo su determinación.

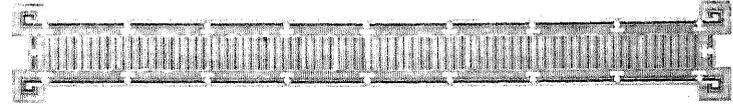
Sin embargo, abrigo la casi absoluta confianza de que, en no lejana época, nos dará V. noticia exacta, crítica y verdadera de ese último tomo encontrado por el famoso naturalista belga; y entonces, es indudable, tomará revancha de lo que hoy, y contra su propia voluntad, no ha podido escribir.

En el entretanto que esto sucede, séame permitido reiterar á V. mi enhorabuena más cumplida por el nuevo trabajo que debe publicarse en breve; y autorizándole para que haga uso de esta humilde epístola cómo, cuándo y en la forma que guste, queda suyo afmo. amigo que le distingue y b. s. m.

ALDEFONSO BERMUDEZ ALCUBILLA.

Madrid 19 de Octubre de 1887.





PREFACIO DEL AUTOR.



Todo aquel que pretenda encontrar en este opúsculo una razonada crítica científica de las inmortales obras de Columela, se equivoca soberanamente.

Ni fué tal mi intención al escribirlo, ni el reducido espacio de que podía disponer, sujetándome al oportuno programa del Certámen verificado por la Academia Gaditana de Ciencias y Artes, era á propósito para emitir particulares ideas respecto á las obras referidas.

Mis pretensiones, pues, son más humildes.

Tienen por único y exclusivo objeto el dar á conocer hechos individuales realizados por el sábio ilustre, que tanto y de tal manera honra al esclarecido país donde nació; empresas estrechamente ligadas con los estudios agronómicos del mismo; hechos y empresas desconocidas hasta el día, y cuyos pormenores vienen á enriquecer, permítaseme la inmodestia, los anales científico-biográficos de nuestra patria.

Regístrense, una por una, todas las biografías de Columela; desde la muy conocida de Plinio el *naturalista*, hasta la redactada por Alvarez de Sotomayor, y que figura al frente de la primera edición española "*De Ré Rustica*,"; desde la que dió á luz en francés el Conde de Ville-noire, hasta la última publicada por el célebre botánico belga Mr. Gornhassan, y en ninguna de ellas encontrará el curioso lector los

detalles que, referentes á la vida privada del primer agrónomo del mundo, se dan á conocer en el actual trabajo biográfico.

Ni los pormenores característicos á la edad infantil y primeras adquisiciones científicas de Columela; ni la fundación de la célebre *Academia Gaditana*, por él fundada, y solo, por él, con notabilísimo empeño sostenida; ni sus amores y matrimonio en Roma con Plácida Casia; ni la narración de su viaje á Oriente, desempeñando una comisión científica por orden del emperador Tito Claudio Cesar; nada absolutamente, nada de esto figura en sus anteriores biografías, y la que hoy publico es la primera, la única en que logra descorrerse un tanto el velo misterioso que, hasta la época actual, encubría la azarosa existencia de nuestro eminente compatriota.

Juzgo indispensable manifestar que, para conseguir tales propósitos, me ha sido forzoso consultar todas ó casi todas las obras escritas por sus contemporáneos; así pues, los dos Sénecas, Lucano, los dos Plinios, Marco Augustal, Trevelio, Pomponio Mela, Ariscótides, Celio Gelion, Genesio Spusio, Aulio Vitrebio y otros muchos escritores de la edad de oro y de la decadencia de la literatura latina, me han suministrado noticias, hasta ahora ignoradas por todos y cada uno de los antiguos y modernos biógrafos de Columela.

Por consiguiente esta razón, y no la de haber merecido honroso lauro en público Certámen, es la que me impulsa á dar á la estampa dicha biografía; y, una vez que hayan sido leídas las páginas de que consta, dejo á la crítica imparcial y al recto juicio de los estudiosos conocedores de la ciencia biográfica, el hacer consideraciones sobre esta obra; la cual, no lo digo yo, lo proclama el erudito autor de la *carta-prólogo* que antecede, viene á llenar un vacío grandísimo en los estudios, ya emprendidos por otros hombres de verdadera talla, respecto á la vida privada del inspirado escritor, cuyas son las primeras obras agrarias que le fue dado el conocer, aplaudir y admirar á la antigua y sabia Europa del tiempo de los Césares.

Otro motivo, mucho más poderoso aún que el manifestado anteriormente, me obliga á publicar este humildísimo opúsculo, de que soy autor.

No hace seis meses que el escritor Womflench, miembro de la Academia Imperial de Ciencias Naturales de Berlin, sostuvo ante un numeroso auditorio de sabios, que las obras, equivocadamente atribuidas á Columela, eran producto de Plinio, Trevelio y Ariscótides; que el agrónomo andaluz no había existido nunca más que en la mente soña-

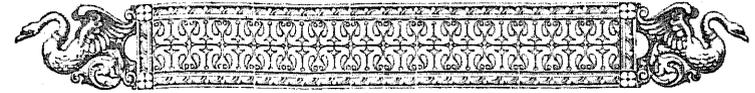
dora de los biógrafos españoles, y fundaba su errónea opinión en que, siendo desconocida la vida de aquel, era más que razonable y lógico el negar su existencia.

A rebatir, pues, con pruebas y datos fehacientes los argumentos del eminente físico alemán, tocante á este punto, se dirige, más que á otra cosa alguna, la biografía que publico.

Por ella verá el ofuscado autor de tal despropósito, que es conocida, hasta en sus más mínimos detalles é insignificantes pormenores, la vida de nuestro antiguo sabio; y si la presente obra, aun á pesar de todo lo expuesto, no satisface los deseos del público ilustrado, servirá como protesta patriótica, enérgica y formidable contra todos aquellos que, embozadamente, tratan de oscurecer una de las más brillantes y legítimas glorias de la ciencia hispana durante el inmortal siglo de Augusto.

A. CAYUELA PELLIZZARI.





Lucio Junio Moderato Columela.

BIOGRAFÍA.

I.



ien puede enorgullecerse nuestra querida patria por haber sido cuna de hombres eminentísimos en todos los ramos de la Ciencia, en la Literatura y en las Bellas Artes.

Ningún otro país del mundo, si se exceptúa Grecia en sus antiguos tiempos de más florecimiento y esplendor, cuenta, como España, con una pléyade de verdaderas glorias, cuyos nombres aún repite con entusiasmo, admiración y asombro la humanidad entera.

Las investigaciones históricas, la geografía, la medi-

cina, las matemáticas, la agricultura, las ciencias físicas y naturales, la poesía en sus diversos géneros, la dialéctica, la filosofía, la pintura, la escultura, la arquitectura; en una palabra: los diversos y múltiples conocimientos á que el hombre dedica, en bien de sus semejantes, los extraordinarios esfuerzos del estudio y de la inteligencia y las maravillosas concepciones de su imaginación creadora, han sido objeto de práctica y trabajo fructífero para los renombrados hijos de esta hermosa península; cuyo cielo, diáfano, puro, alegre y azul como ninguno, tanta fama cobija y tanta nobilísima empresa alumbró en todos los siglos y edades de la Historia de la humanidad.

No parece sino que la Providencia, solícita siempre en favorecer á aquellos pueblos que más trabajan y más sufren, ha derramado á manos llenas en nuestro país los inagotables tesoros de diversa índole que posee, á fin de que otras naciones aprendan lo que es susceptible de poderse lograr, teniendo como cualidades distintivas el genio, el valor, la honradez, la fuerza y la perseverancia.

El viejo y nuevo continente son deudores á los españoles de inmensos beneficios en el orden intelectual, moral y material. No existe, quizás, un solo palmo de terreno en *Asia*, *América*, *Africa* y *Europa*, que no atestigüe el genio sin límites y la bravura indomable de nuestra raza nobilísima, y en todas partes en donde el viajero observador intente analizar el caracter típico de las instituciones, el desarrollo literario y científico, las costumbres y los poderosos motivos de grandeza de diversos pueblos, encontrará huella del saber, bizarría y virtudes que tanto immortalizan al dichoso país á que pertenecemos.

Desde los más remotos siglos ha sido España la primera en dar á conocer la valiosa influencia de su cultura y de su ilustración; y original, metódica é innovadora

en toda clase de estudios, ha implantado los gérmenes de futuros adelantos científicos, acogidos con entusiasmas aclamaciones por los hombres de indiscutible saber de extranjeras nacionalidades.

Enérgica, como ninguna, para resistir el yugo de tiránicos dominadores; y fuerte y bizarra para defender, á costa de inmensos torrentes de sangre preciosísima, su idolatrada libertad é independencia, ha sabido, sin embargo, adaptarse á las necesidades más perentorias en épocas determinadas y asimilar á sus conocimientos los ópimos frutos de estraños países, devolviéndoselos después con usura, para ser la envidia y la admiración de aquellos de quienes, en su día, recibiera preceptos y enseñanzas.

Prueba suficientemente nuestras afirmaciones anteriores el hecho, tantas y tantas veces repetido, de que la región española, ya libre y formando una verdadera nacionalidad, siempre temida y respetada; ya uniendo sus destinos á los de otros países en lejanas épocas, como en tiempo del *Imperio Romano*, haya terminado por ser maestra en todo género de estudios y llevar á la *Metrópoli* del mundo antiguo la imperecedera fama de su gloria científica y literaria.

Circunscribiéndonos al objeto que guia nuestra pluma en el presente trabajo biográfico, y haciendo tan solo referencia á la época histórica mencionada ya, podemos decir que Roma, al lado de sus grandes y poderosísimos genios del *Siglo de oro* del saber latino, personificado en *Octavio Augusto*, su primer *César*, colocó los no menos sobresalientes, dignos y honrosos de los dos *Sénecas*, *Marcial*, *Quintiliano*, *Publio Favilio*, *Cayo Breton*, *Pomponio Mela* y el del célebre agrónomo gaditano, que hoy nos ocupa, y es legítima gloria de la ciencia agraria en todos los tiempos y países.

Convertida España en una de tantas provincias de-

pendientes del orgulloso pueblo de Rómulo; hecha suya, por efecto de la ley y la necesidad, la lengua, las costumbres, la literatura y las sublimes máximas del derecho; impulsada á desenvolver sus ideas científicas en consonancia con el prodigioso genio práctico de sus dominadores, y ávida de probar á estos mismos la fuerza de su supremacía intelectual, creó Escuela en muchos y distintos ramos del saber, y llevó á la capital romana su preclaro nombre con las obras inmortales debidas á la pluma de algunos de sus hijos más ilustres.

El pueblo latino, práctico como pocos, y como ninguno interesado en satisfacer las exigencias y necesidades de la vida agrícola y comercial de los diversos territorios sujetos á su dominación, para unir con más fuerte lazo razas tan distintas y nacionalidades tan heterogéneas, puso todo su conato en proteger, por medio de leyes sapientísimas, la agricultura y la navegación, y activar el descubrimiento de aquellas ciencias más directamente ligadas con estos dos principales motores de la fuerza vital de todo país que aspira á ser grande y poderoso.

Que la agronomía, en Roma y muy particularmente durante los primeros siglos del Imperio, fué primordial estudio y constante aplicación de muchos hombres laboriosos, está demostrado por la índole especial de las obras escritas en aquel entonces y que, aun incompletas, han llegado hasta nuestros días; por los adelantos obtenidos en Italia, España y las Galias en todo género de cultivo de cereales, plantas textiles y viñedos, y por las mismas leyes del famoso código de Teodosio, las cuales tienden á asegurar la exportación de los más ricos productos agrícolas de Oriente y Occidente.

Esto de ninguna manera hubiera podido conseguirse, si los citados productos no figurasen, con relación á la época mencionada, en el más alto grado de mejoramiento y bondad cualitativa y cuantitativa; pues no es un misterio para todo aquel que ha saludado la ciencia

agronómica, que tanto más asequibles se hacen á otros pueblos los frutos de diversa índole de determinado país, por medio del cambio mútuo exportador é importador, cuanto mayores condiciones reúnen, á fin de asegurar su venta y consumo forzoso; aun en circunstancias excepcionales, críticas y calamitosas.

Y: ¿cómo es posible alcanzar en cualquier siglo resultado tan satisfactorio, si ántes no se aplican al laboreo y cuidado de las tierras, que tales frutos producen, los experimentos más útiles y más á propósito para aumentar su fuerza productiva?

Los romanos, aun en médio de sus ocupaciones militares de dominación y de conquista, no desatendieron el fomento de la agricultura nacional; y aquellas mismas legiones, cuya bravura y cuyo arrojo daban á la Metrópoli riquísimos países, eran las primeras en divulgar en todas partes los utilísimos preceptos agrarios aprendidos de sus progenitores, y practicados, con extraordinario éxito, en las fértiles campiñas de Italia.

Y no se crea, no, que dichos preceptos obedeciesen á un plan exclusivamente rutinario; nada de eso. Desde los primitivos tiempos de Roma hubo hombres que se consagraron al estudio de la enseñanza agrícola, y el mismo Estado ofreció siempre honores y recompensas á aquellos que consumían su vida mejorando y perfeccionando, teórica y prácticamente, la producción del suelo latino.

De aquí el que en la época de Augusto, época de excepcionales adelantos en todos los ramos del saber, estuviese considerada la agricultura como ciencia de primer orden y fuera mayor el número de personalidades dedicadas á difundir por toda Europa sus benéficas y provechosas máximas.

El sabio agrónomo gaditano, cuyo boceto biográfico tratamos de hacer ateniéndonos á las escasas noticias transmitidas á la posteridad por los hombres ilustres

de su siglo, fué el primero en comprender la excepcional importancia é interés económico y político que para Roma tenía el desarrollo de la agricultura y sus ciencias auxiliares; y llevado de entusiasta amor hacia su patria, no perdonó medios, ni sacrificio alguno, para dotar al país latino del tratado agrícola mejor, más metódico y más completo que se ha escrito, quizás, desde los albores de las nacionalidades antiguas hasta la época contemporánea.

Grandes adelantos habíanse introducido en el laboreo de las tierras; en la forma de hacer más fructíferos ciertos cultivos; en el modo de asegurar mejor la recolección de ciertas cosechas, particularmente de cereales, vinos y aceites, y en la manera de estimular el fomento de la ganadería é industrias rurales; pero Columela desterró como inútiles, si nó como perniciosas, ciertas reglas agrarias, estudiando otras nuevas; llamó en auxilio de la Ciencia agrícola todos los demás conocimientos, sin los cuales aquel nunca puede alcanzar el grado de desarrollo práctico que necesita; hizo ver al labrador que la física, la meteorología, la química y la botánica son, por decirlo así, los poderosos remos que ayudan á aquella en su poderosa marcha progresiva; y, en una palabra, realizó, como tendremos ocasión de hacer notar más adelante, lo que algunos agrónomos posteriores han sólido achacar al espíritu de ilustración de épocas más lejanas; el mejoramiento sin límites de un ramo del saber que, por su tendencia, beneficios y utilidad inmediata, es el primero entre todos cuantos el hombre posee, enseña y vulgariza.

Con los nuevos preceptos enseñados por el primer agrónomo español; con las sabias máximas contenidas en su obra inmortal *De Ré rústica*, cuyo asiduo y provechoso estudio tanto sirvió después á los hombres científicos de otras edades posteriores, y con lo mucho que, para generalizar la afición á la agricultura, hizo nuestro

célebre Columela ideando utilísimas prácticas de inmediata aplicación en toda clase de tierras y países, en todo género de cultivos y producciones, la riqueza de muchas comarcas aumentó paulatinamente, de una manera extraordinaria, ahorrando al labrador fatigas, trabajo y tiempo; factores, estos dos últimos importantísimos, que es necesario aprovechar para que los afanes de la humanidad productora hallen recompensa indispensable, beneficiosa y merecida.

II.

El día de los Idus de Marzo, correspondiente al año 753 de la fundación de Roma (uno antes de la era cristiana) época por todos conceptos memorable en los fastos de la historia científica del mundo, vió la luz en la hermosa y poética ciudad de Gades (Cádiz) Lucio Junio Moderato Columela; aquel que, según los vaticinios de los arúspices, había de asombrar á todas las edades con su talento y profundísima sabiduría.

Fueron sus padres Servio Publilio Columela, Edil urbano de la ciudad nombrada, y Fulvia Vitelia, descendiente de aquellos arrojados é intrépidos marinos que tanto honor lograron para su patria (Roma) en los combates navales de Smirsa y Lecuadonte.

El nacimiento de Junio Lucio, primero y único vástago de aquella pobre y honrada familia, en cuyo árbol genealógico podían citarse, quizás con profusion, Consules, Pretores y Tribunos, fué celebrado con extraordinarias demostraciones de júbilo y placer; como si ya de antemano los padres del pequeño Columela hubieran que-

rido anticipar la futura gloria reservada por la Diosa de la *Ciencia* á uno de los más ilustres y preclaros genios de la comarca gaditana.

Á los pocos días de haber venido al mundo y siguiendo en esto una costumbre, ó por mejor decir, un severo rito tradicional, autorizado por las creencias religiosas y transmitido de padres á hijos en la familia Columela, de generación en generación, fueron llamados los Augures de más nombradía de Gades, con objeto de consultar el oráculo de recién nacido; y aquellos misteriosos sacerdotes de la religión pagana, después de haber estudiado con la más característica gravedad el vuelo de las aves, el movimiento de las entrañas de las víctimas, sacrificadas expofeso, el brillo de ciertos astros en la media noche y las indefectibles señales del cielo al trasponer el sol las brumosas ondas del mar, vaticinaron que Junio Lucio, no tan solo alcanzaría grandes riquezas materiales, sino que legaría á la posteridad un nombre gloriosísimo para honra é inmediato provecho de su escelsa patria.

Halagado en su amor propio con tales vaticinios, Servio Publilio y Fulvia pusieron de allí en adelante todo su empeño en adivinar las naturales inclinaciones del único vástago que poseían, y, firmes siempre en semejante idea, no perdonaron medio ni sacrificio alguno para proporcionar á aquel una educación esmerada, en consonancia con lo predicho por los graves Augures, cuyas lisongeras y proféticas palabras tenían á todas horas bien presentes.

Por fortuna no les fué necesario seguir mucho tiempo en sus sacrificios y expontáneas privaciones; pues Marco Columela, hermano de Servio, hombre inmensamente rico, que poseía pingües heredades en los fértiles campos de Asta-regia (Jerez) y á quien el cielo no había concedido nunca descendencia, quiso encargarse de la educación del jóven Lucio; y, con el consentimiento de

los padres de éste, llegada ya la edad oportuna, le puso á estudiar al lado del *Preceptor* Tulio Prenesto, á cuya célebre Academia de Gramática, Filosofía, Historia y Ciencias Naturales acudían los jóvenes de las más ilustres y poderosas familias, no solo de Gades, sino de otras ciudades de la Bética y de la España Citerior; tales como Tárraco (Tarragona) Ilerda (Lérida) Toletum (Toledo) y Ebusus (Ibiza) Islas Baleares.

El jóven Columela mostró muy pronto su nada común precocidad y disposición extraordinaria para el estudio, y de tal modo se aplicó y tales fueron sus adelantos en la acreditadísima Escuela de Prenesto, que éste, con legítimo orgullo, pregonaba por todas partes las felices aptitudes y singular inteligencia de aquel sábio en miniatura (así le llamaba siempre) que era la honra y el honor más insigne de la célebre Academia gaditana.

A la edad de 14 años poseía Lucio Junio vastísimos conocimientos en casi todos los ramos del saber; pero su estudio favorito, al que consagraba los esfuerzos de su privilegiado talento y de su voluntad indomable, el que más en consonancia estaba con sus aficiones, era el de la Historia natural, la Física y la Agronomía; y en estas ciencias, de suyo difíciles, es donde logró hacer tan rápidos progresos, que su anciano profesor no podía ménos de abrazarle apasionadamente y llorar á lágrima tendida cuando, delante de sus otros discípulos, disertaba sobre alguno de los arduos problemas físicos ó agronómicos de inmediato interés y aplicación para los múltiples fines de la vida.

Sobre todo en la Agricultura es donde Columela logró adquirir el caudal de conocimientos más vastos, metódicos y razonados; y como no satisfacía su natural curiosidad el simple estudio teórico de ciencia tan importantísima, á la que, desde un principio, consagró con incansable afán sus felicísimas disposiciones y es-

cepcionales aptitudes, aprovechaba cualquiera ocasión para visitar los campos que su buen tío Marco poseía en las inmediaciones de Asta-regia; y allí, sin acordarse ni un solo momento de las diversiones propias de los muchachos de su edad, estudiaba prácticamente, meditaba, comparaba, hacía cargo de los diversos trabajos ejecutados por los labradores en las distintas fincas cultivadas por todo género de mieses, árboles y frutos, y de éste modo, aconsejado siempre por su tío, que era un excelente agricultor, preparaba, allá en su mente, aquel riquísimo laboratorio intelectual que, andando los tiempos, había de proporcionar al mundo los inagotables tesoros de saber práctico y ciencia profundísima.

Aún hacía más nuestro joven agrónomo. Solicitaba el competente permiso de otros acaudalados propietarios de Asta-regia, cosa que no le era difícil conseguir merced á las influencias y relaciones de su tío Marco, y, ya una vez obtenida la autorización de aquellos, penetraba en sus fincas; recorría éstas de uno á otro límite, sin descansar; comparaba las labores en ellas ejecutadas con las que antes había visto hacer en los dilatados viñedos del hermano de su padre; tomaba apuntes, los ordenaba de vuelta á su domicilio de Gades, y cuando aparecía delante de su profesor y condiscípulos, algunos de los cuales estaban llamados á ser, como Columela, verdaderas eminencias en el terreno científico y literario, causaba el asombro de todos sus oyentes con los magníficos discursos que se complacía en improvisar, refutando ya una ú otra rutinaria práctica seguida en el laboreo agrícola de los campos; ya haciendo justísimos elogios de cierta innovación vista por él, y con la cual proporcionábanse inmensos beneficios á los agricultores.

En una de sus repetidísimas escursiones á Asta-regia conoció á Lucio Volusio, antiguo varon consular, ínti-

mo amigo de su tío, que se hallaba entonces en la Bética desempeñando un importante cargo por orden del emperador Tiberio.

Volusio era considerado entonces por las gentes de más saber de Roma como uno de los hombres más sabios y distinguidos de la época; y sus conocimientos físicos, médicos y agronómicos le habían valido en muchas circunstancias el ser consultado por las principales Academias ó Escuelas profesionales del Imperio.

Como ya sabía de antemano, por Marco Columela, las especialísimas aficiones del joven Lucio hacia la agricultura y sus ciencias afines, tuvo verdadero placer en tratar de cerca al estudioso discípulo de la escuela de Prenesto; y cuando personalmente logró oír los atinadísimos y poderosos razonamientos de su pequeño amigo, colmole de elogios y le auguró para el porvenir una fama sin límites y un renombre imperecedero.

El joven gaditano, por su parte, cobró inmenso cariño á Volusio, tanto por su saber como por sus estimadísimas prendas de carácter, afabilidad y dulzura, y le hizo firme promesa de visitarle en Roma, residencia habitual del antiguo Cónsul, así que encontrara ocasión á propósito de poder emprender un viaje á la Metrópoli.

Trascurrieron algunos años. Columela había llegado á los 23, adquiriendo cada día nuevos conocimientos científicos, superiores, no solo á su edad, sino á su época. Los profesores más distinguidos de Corduba é Hispalis (centros ambos de la ilustración de la España romana) afanábanse por llevar á sus respectivas escuelas al ya renombrado agrónomo, físico y naturalista de Gades, y esta ciudad, emporio entonces del comercio universal latino, veía con orgullo establecerse dentro de sus vetustas murallas fenicias, un nuevo centro de enseñanza; nos referimos á la Escuela Agrícola fundada por Columela, con auxilio de su tío Marco; el cual, cada vez más entusiasmado por la sabiduría de Lucio Junio,

no había tenido inconveniente en invertir grandes sumas para la creación de aquella; satisfaciendo así uno de los más ardientes deseos del hijo de su hermano.

Prenesto había pasado á mejor vida antes del establecimiento de la especialísima *Escuela* mencionada, llevándose al morir el dulce consuelo de que ya un sábio como Columela podía atraer á Gades lo más florido de la juventud española, para difundir entre ella sus teorías y prácticas científicas. Lucio Junio lloró á su maestro con el más vivo pesar; costeó con gran pompa los funerales de aquel hombre ilustre, que había sido su primer guía en la espinosa y difícil senda del saber, y, merced á su reconocida superioridad, pudo lograr de los Ediles urbanos que honrasen la memoria del insigne geómetra y botánico, colocando una lápida conmemorativa en la humilde vivienda en donde aquel nació, y dando su nombre á una de las más céntricas vías comerciales de la ciudad.

El utilísimo Centro agrícola teórico-práctico, fundado por Columela, fué, andando los tiempos, provechoso plantel de distinguidos profesores agrónomos, que á todas partes llevaron las sábias máximas del gaditano ilustre, y sirvió de norma para otras varias Escuelas de igual índole, fundadas después en varios puntos de la Bética, la España Citerior y la Tarraconense.

Aquellos ensayos, que en más lejana época dieron principio en las fértiles y renombradas campiñas de Asta-regia, y en las cuales aprendió prácticamente Lucio Junio las verdaderas máximas de la ciencia agrícola y los medios de mejorar la producción, convirtiéronse después en fructíferas y beneficiosas enseñanzas; útiles, bajo todos puntos de vista, á la clase labradora de la región gaditana é hispalense, cuyos productos eran ambicionados por todas las naciones.

Dicen varios autores y su aseveración se halla plenamente confirmada por los pasajes de algunas obras de

Plinio y Séneca, que Columela acarició el pensamiento de poner mano á su obra posterior de *Ré Rustica*, desde el instante en que fué fundada su célebre Academia, al ver que las *cartillas agrarias*, escritas con el objeto de difundir la enseñanza de la Agricultura, no eran bastantes á contener los múltiples preceptos científicos en que dicho importante ramo del saber se apoya; pero que tal idea no pudo llevarse á cabo, por entonces, á causa de las desgracias de familia acaecidas al célebre agrónomo andaluz; pues á los cuatro años de hallarse abierta la Escuela y cuando más empeño ponía aquel en engrandecerla y mejorarla, ocurrió el fallecimiento de sus padres; (víctimas ambos de la horrible peste que azotó á la Bética á los comienzos del primer siglo de la *Era cristiana*) y á los seis meses de la muerte de Servio Publilio y de Fulvia Vitelia, dejó también de existir su tío Marco, nombrándole único y universal heredero de todos sus bienes y pingües propiedades rústicas de la campiña jerezana.

Columela había acariciado siempre vivos deseos de hacer un viage á Roma, y hasta de fijar su residencia en la populosa Capital del mundo, á fin de ensanchar más y más el horizonte científico de sus constantes sueños; pero conociendo que tal proyecto había de disgustar á su bondadoso tío y protector, de cuya vejez, anticipada por los males físicos, fué siempre firme sosten y singular apoyo, renunció á su viaje (hasta tal punto sabía someterse á las naturales exigencias del deber y de la gratitud) y solo se decidió á emprender la suspirada expedición cuando ya ningún motivo era obstáculo á retenerle en su país natal, ni á disuadirle de sus acariciados ideales.

Antes de partir para la Metrópoli latina, escribió á su antiguo amigo y discípulo Honorato Celion (residente en Tárraco) para que, durante su ausencia, viniera á encargarse de la Academia de Gades; cosa que

logró conseguir sin grandes esfuerzos. Una vez dado este paso, que para él era importantísimo, trasladose á Asta-regia, arregló los asuntos de la testamentaria; puso en orden los vastos negocios agrícolas de su difunto tío Marco; dió las órdenes precisas para que todo continuase como hasta allí, y ya tranquilo y satisfecho, respecto á este particular, regresó á Gades, y embarcándose en uno de aquellos pequeños buques que hacían el comercio entre la Bética y las poblaciones del litoral italiano, salió con rumbo á Roma, no sin derramar antes copiosas lágrimas á la memoria de todos aquellos seres, que ya no existían, y cuyo recuerdo le era tan dulce y consolador evocar en el momento de su partida para la capital del Imperio.

Dióse á la vela el buque mercante gaditano, lleno materialmente de riquísimos frutos de la Bética, que estaban destinados á surtir los populosos mercados de las principales ciudades de la península Itálica y Griega; (*Acaya* después de la conquista) y aunque el tiempo no fué muy bonancible ni el viaje estuvo desprovisto de varios incidentes y dificultades, propias de la navegación en alta mar, arribó por fin al puerto de Ostía; desembarcó Columela, y al día siguiente, después de atravesar el magnífico puente *Milvius*, sobre el Tiber y la grandiosa puerta *Virminal*, hizo su entrada en Roma por la vía *Vecus Minerva*, á tiempo que César Calígula se dirigía al campo de Marte con objeto de pasar revista á las veteranas legiones de la cohorte Pretoriana, vencedora de cien pueblos distintos en el remoto Oriente.

Es inútil decir que Lucio Junio quedó sorprendido de la grandiosidad, lujo y magnificencia de la populosa Metrópoli latina; de sus monumentos, arcos triunfales, obeliscos, estadios, *thermas*, neumaquías y acueductos; pero como hombre de ciencia lo que más logró impresionarle fué el hermoso y soberbio recinto en donde la Diosa Minerva ejercía, como soberana, su

benéfica dominación; ó lo que es lo mismo: las Escuelas y Pórticos; destinadas las unas á la enseñanza de la juventud, y contruidos los otros para que en ellos tuviesen lugar las sublimes disertaciones de los sábios sobre difíciles y árdulos problemas históricos, jurídicos y filosóficos.

Columela sabía perfectamente todo esto, siendo así que, en más de una ocasión, había sido consultado por los agrónomos, físicos y naturalistas del Pórtico Cornelio, situado en las inmediaciones del monte Esquilino, sobre algunos asuntos concernientes á las ciencias, cuyo estudio se hallaba más en boga por aquel entonces; y mientras recorría las esbeltas arcadas de los pórticos, situados en su camino, entreteníase en recordar las máximas y preceptos que sus más ilustres contemporáneos en el cultivo de la ciencia agronómica habían aprendido de él, cuando aun no contaba 27 años; edad insuficiente en otros para atesorar tantos y tan múltiples conocimientos en los diversos ramos del saber.

De aquí no se deduzca que nuestro sábio era orgulloso, nada de eso; él era el primero en confesar su ignorancia (quizás pecaba de inmodesto); pero halagábale la idea de penetrar en Roma personalmente mucho después que su nombre, en alas de la fama, había traspasado, con muy justos títulos, los dinteles de la insigne ciudad, legítimo emporio de la sabiduría latina en la extraordinaria época á que nos referimos.

Lucio Volusio, el antiguo y consecuente amigo de Columela, á quien en gran parte debía este el renombre alcanzado en la espléndida ciudad del Tiber, no había salido á recibirle en las puertas de Roma, según costumbre establecida en casos análogos, porque su ancianidad, dolencia y achaques propios de la senectud, reteníanle siempre postrado en cama, y hacía ya mucho tiempo que ni en el foro ni el Pórtico Emiliano se notaba la presencia de aquel egregio varón, que tanto y de tal

manera trabajó por la grandeza de su patria en los últimos días de la República.

El joven gaditano no ignoraba estas circunstancias, siendo así que él fue el primero en oponerse á que Volusio alterase su método de vida; pero ya una vez dentro del recinto de la Metrópoli y pasada la primera impresión, producida por las innumerables riquezas artísticas que esta atesoraba, enderezó sus pasos hacia la vía Flaminia, residencia habitual del Patriciado romano; subió de dos en dos los escalones de la suntuosa casa de Volusio, y sin dar tiempo á que los esclavos anunciaran su presencia en ella, adelantóse hasta el interior, penetró en la alcoba del respetable varón consular, y un estrechísimo abrazo confundió en uno solo aquellos dos hombres, unidos siempre por el más cariñoso afecto de amistad eterna é inmutable.

Felices y tranquilos trascurrieron para Columela los primeros meses de su estancia en Roma. Volusio, con sus dulces frases, hizo desaparecer del ánimo del joven aquella característica tristeza, producida por el recuerdo de su querida patria y de los seres á quienes había visto morir antes de abandonarla, para siempre quizás; y el noble anciano logró dar otro rumbo á las melancólicas ideas de su sábio amigo, hablándole frecuentemente de las futuras glorias que le esperaban en la ciudad romana, merced á su talento y profundísimo saber.

Ocioso nos parece decir que Volusio hizo que Columela trabase conocimiento íntimo, desde los primeros instantes de su llegada á la Corte de los Césares, con los principales hombres de ciencia de la gran Metrópoli conquistadora; y Séneca, Anneo Novato, hermano del célebre filósofo, compatriotas ambos de Lucio Junio, Publio Silvino, profesor de Historia Natural y Física en la Academia Pompeyana, Marco Trevelio, insigne geógrafo y Claudio Augustal, arquitecto y matemático distinguido, fueron, desde allí en adelante, los amigos

íntimos del gaditano ilustre, honra de su época y del siglo de oro representado por Augusto.

En unión con estas notabilidades científicas de Roma, que á porfía complacíanse en agasajar al afamado agrónomo de Gádes, su ilustre huesped, recorrió uno por uno, Columela, todos los Pórticos de la invicta ciudad. En todos ellos fué presentado á los hombres eminentes de la época; en los más principales de aquellos pronunció elocuentes y atinadísimos discursos sobre agricultura, física y meteorología. Tomó parte en las sapientísimas disertaciones de las renombradas Academias Cesariana y Augusta, cautivando al auditorio con la proverbial galanura de su estilo, su elegante oratoria é inimitable facilidad de frases y conceptos; y, en una palabra: logró conquistarse un puesto superior á sus pocos años y un nombre sobre manera célebre y honroso, allí, donde el saber era patrimonio de muchos hombres encanecidos en la ciencia, y la ilustración invadía todos los ámbitos de la insigne Metrópoli romana.

Uno de sus amigos más íntimos y de cuyo nombre hemos hecho mención anteriormente, el arquitecto Claudio Augustal, incitó á Columela á que escribiese un tratado completo de Agricultura, siendo así que las circunstancias del Imperio eran las mejores y más á propósito para la publicación de un libro de semejante índole.

Lucio Junio se resistió al principio por creer que dicha tarea, de suyo difícil, ardua y espinosa, era superior en un todo á sus fuerzas intelectuales; pero tantas y tan repetidas fueron las insinuaciones de Claudio Augustal, Lucio Volusio y Publio Silvino, y tales los argumentos de que todos lograron valerse para persuadirle de su errónea creencia, que al fin dió formal palabra de dedicarse á dicho trabajo, con gran alegría, júbilo y placer de cuantos apreciaban á fondo sus especiales aptitudes y su inagotable sabiduría en ramo tan importantísimo.

La primera obra á que dió comienzo Columela fué la conocida hoy con el epígrafe *De Arbóribus*; prólogo, puede decirse, de aquella más extensa, designada por los sábios posteriores como la mejor de cuantas en su género vieron la luz en la antigüedad; nos referimos á su reconocidísimo tratado de *Re-Rústica*; cuyas páginas, que son un tesoro de ciencias agronómicas, conquistaron para su célebre autor eterna fama en todo el universo.

Aun no llevaba escrito un tomo de su primera obra, cuando un incidente casual (ocasionado por el repentino fallecimiento de su cariñoso amigo y protector Lucio Volusio) le obligó á ausentarse de Roma por una corta temporada; y en la pequeña ciudad de Carsoli, en donde tuvo que detenerse á fin de arreglar ciertos asuntos concernientes á la pingüe herencia de aquel, conoció á Plácida Casia, hermosa jóven, huérfana, oriunda de una de las más principales familias patricias romanas, y que en aquella época se hallaba bajo la tutela de su tío Propercio Septimio Avidio, riquísimo propietario de la comarca agrícola de Arbea y Cervatara (Veyes).

Las virtudes y singulares atractivos de la encantadora Plácida no fueron indiferentes para Columela, y aunque éste, hasta entonces, había vivido consagrado exclusivamente al estudio de las Ciencias naturales, físicas y agronómicas, y prestaba poca ó ninguna atención á otra cosa que no se relacionase con sus aficiones favoritas, era soñador, de naturaleza apasionada y ardientísima, y, merced á estas circunstancias, no tiene nada de extraño que se dejase esclavizar por el dulce y blando yugo del amor, al que ya habían doblegado su cervíz muchos de sus más adustos compañeros y célebres colegas del Pórtico Octaviano.

Septimio Avidio acogió con marcadas muestras de regocijo aquellos nacientes amores de su pupila y Columela; más aun, los fomentó por todos los medios

imaginables; pues era entusiasta admirador del jóven gaditano, cuyas prendas de caracter y gloriosos méritos conocía; y al año y medio escaso de aquella casual visita verificada á Carsoli, celebrábase en Roma, con espléndidas fiestas, el casamiento de Lucio Junio con la bellísima sobrina del potentado patricio Veyenés.

Por aquella época, precisamente, fué cuando Tito Claudio, de regreso de una de sus expediciones militares al belicoso país de los Frisones, mostró deseos de conocer personalmente á Columela, de cuya sabiduría y privilegiado talento le había hablado muchas veces *Séneca el mayor*; y como uno de los rasgos característicos del 5.º Emperador romano era el de satisfacer sin tregua ni demora hasta sus más pueriles y mínimos deseos, dió encargo á Druso Cayo, Prefecto de la ciudad, de que presentase en su palacio al distinguido agrónomo español.

La entrevista del César y Lucio Junio, en la morada que habitaba aquel, y que no era otra que la antigua quinta Tiberiana en donde vivió y murió el célebre orador Hortensio, verificóse con toda solemnidad en presencia de los hombres científicos, poetas y filósofos más eminentes de Roma; y tal fué la benévola acogida que Tito Claudio dispensó al jóven gaditano, y tales sus frases laudatorias en honor de su talento (justamente reconocido) que Columela dió por bien empleados todos sus afanes, estudios y eruditas investigaciones; pues, merced á ellas y á su renombre, conseguía ser admirado de las eminencias más insignes de la Metrópoli del mundo conocido.

La vida de nuestro sábio en Roma, después de pasados los primeros meses de transporte y arrobamiento conyugal, siguió siendo la de costumbre; y enriquecida su inteligencia con nuevos conocimientos, pudo continuar sin interrupción, por espacio de algunos años, su primera obra *De Arbóribus*; cuyos cinco tomos, y no

cuatro, como equivocadamente citan la generalidad de los autores (y en esto seguimos las autorizadas versiones de Gornhassan), vieron la luz tres lustros después que Columela abandonó, para siempre, el hermosísimo suelo de su patria nativa.

Cuarenta y dos años contaba Lucio Junio cuando el naturalista Metelo Pompeyo Galo, maestro del eminente Plinio, citaba en el Pórtico Minerva y en la academia Augusta los principales pasajes de su primera obra, que tan favorabilísima acogida había obtenido entre los demás agrónomos y botánicos del Imperio. Bien es verdad que para redactarla tuvo muy en cuenta Columela lo escrito anteriormente por Terencio Varron; algunas de cuyas teorías referentes al cultivo, reproducción é injerto de los árboles frutales, se ostentan en dicho tratado; pero modificó otras que aquel había sostenido, sin experiencia propia que acreditase su pensamiento; é hizo acertadas, útiles é importantísimas innovaciones respecto á las demás, conforme á lo aprendido en la práctica y con arreglo á los adelantos de la Ciencia Agronómica en aquel siglo.

De todas partes recibía Columela cariñosas epístolas alabando su libro, y entusiastas felicitaciones, que él admitía con la modestia de costumbre; y cuando su primer trabajo era universalmente elogiado por todos; cuando se disponía á continuar su segunda obra inmortal de *Re Rústica*, para cuya redacción tenía ya preparados toda clase de apuntes, datos, notas y materiales precisos, una desgracia horrible convirtió en profunda, amarga y cruelísima pena sus venturas y halagadoras esperanzas para el porvenir, con la prematura muerte de su virtuosa compañera, de su querida Plácida Casia; que le dejó solo en el mundo, sin familia; sin hijo alguno que pudiera mitigar con sus caricias el horrible dolor que entonces experimentaba.

Sus íntimos amigos Publio Silvino y Marco Trevelio

no se apartaron de él ni un solo instante desde el día en que aconteció la fatal desgracia; prodigándole toda clase de consuelos, de esos que únicamente la verdadera amistad encuentra á todas horas para mitigar los infortunios más poderosos y los dolores más vivos; y si Claudio Augustal, el consejero áulico de Columela, su amigo queridísimo, no le hizo compañía en aquellas terribles circunstancias, fué porque se hallaba ausente de Roma, desempeñando una importante Comisión científica por cuenta del Estado en el remoto Oriente.

No obstante, así que tuvo conocimiento de la irreparable pérdida sufrida por Lucio Junio, adelantó sus tareas todo lo posible; pidió licencia al Emperador para regresar á la Metrópoli; y ya una vez en esta, sin permitirse descanso alguno á las fatigas del largo viaje verificado, presentóse en el domicilio de Columela, se arrojó en sus brazos, lloró con él, y, después de repetidas súplicas pudo conseguir que el sábio agrónomo abandonase aquel domicilio, en donde tantos recuerdos de la ventura pasada laceraban su corazón, y fuese á morar en su compañía en el campo; en aquella preciosísima quinta situada á orillas del Tiber, en uno de los sitios más retirados, poéticos y pintorescos de los alrededores de Roma.

Allí Columela fué serenándose poco á poco; allí, como único remedio al doloroso pesar que le abrumaba de continuo, se entregó con incansable afán á sus científicas tareas. Allí redactó muchos capítulos de su obra magna de *Re-rústica*; cuyos interesantes capítulos solían leer frecuentemente los dos amigos; pero como quiera que su espíritu, de suyo pusilánime, decayera cada día más, y su salud se resintiese en grado sumo, á causa de estar pensando á todas horas en la irremediable desgracia acaecida, Claudio Augustal tomó muy en serio la curación del pobre é inconsolable viudo, y sin decirle una palabra; sin insinuarle lo más mínimo; sin hacerle sos-

pechar la idea que acariciaba, se presentó al Emperador Tito y logró, sin grandes esfuerzos, para Columela un nombramiento de Prefecto Imperial visitador de los países comprendidos entre el Ganges, el Eufrates y el Indo; cuyos territorios se hallaban bajo el yugo del conquistador *pueblo romano*.

De sobra conocía Claudio Augustal que esta expedición era necesaria de todo punto para combatir la mortal tristeza de su querido amigo; y cuando ya tuvo en su poder el decreto correspondiente y preparado todo para el viaje, habló á Columela, que no puso obstáculo alguno para emprender la marcha; muy al contrario, con lágrimas en los ojos y poseído de la más viva emoción dió gracias á Claudio por aquella nueva merced, que atestiguaba su sincera amistad y su invariable afecto.

La despedida de ambos sabios fué triste, patética y conmovedora; y una mañana, cuando el sol naciente extendía sus primeros rayos sobre las tranquilas aguas del Tiber y la hermosa campiña romana, Columela se embarcó en uno de los fuertes é inespugnables buques de la armada imperial, que se hacía á la vela para el lejano puerto de *Eudoris*, sobre el Ponto Euxino.

¡Qué de recuerdos tristes asaltaron la mente de Lucio Junio al surcar las aguas del famoso río italiano, y contemplar á lo lejos las frondosas alamedas y los poéticos jardines-pensiles de Carsoli; de aquella pequeña ciudad en donde tantos placeres había experimentado en compañía de su infortunada Plácida Casia!

Más de una vez evocaron sus lábios los nombres de los *Dioses* penates del hermoso y ya para siempre desierto *lar*, que con tanta amargura abandonaba, y frecuentes fueron sus suspiros al recordar los días felices y placenteros de la venturosa vida pasada.

El nuevo viaje marítimo de Columela se llevó á efecto sin ningún accidente digno de mencionarse; y á los dos

meses de su salida de Roma, después de haber hecho escala el buque que le conducía en cinco ó seis puntos importantísimos de la costa Europea, atracó al grandioso y magnífico muelle de Eudoxis, construido á espensas del primer Emperador romano Octavio Augusto.

Nuevas costumbres, nuevos hábitos, nuevas impresiones, en un todo distintas á las experimentadas hasta entonces por el sábio agrónomo andaluz, contribuyeron no poco á alejar de su mente aquellas tristes ideas, cuyo absoluto predominio tanto y de tal manera habían alterado su naturaleza robustísima y su salud, hasta entonces inquebrantable; y con el estudio de una nueva *fauna* y una nueva *flora*, exuberantes en grado sumo; con las disquisiciones científicas realizadas en los más preciosos países orientales y el mismo trabajo á que se dedicó para dar cima á su ya mencionada obra de *Re-Rústica*, logró dar al olvido sus penas pasadas y sus cruelísimos dolores sufridos; sin que por eso desechara el recuerdo de su amantísima esposa, guardado allí, en lo más profundo de su apasionado corazón con caracteres indelebles.

Hacía ya catorce años que Columela había abandonado á Roma y proponíase continuar viviendo y morir en aquella encantadora región, á donde sus desgracias le habían conducido, cuando dos noticias, diferentes en su esencia, pero idénticas por sus resultados, obligáronle á volver á la Metrópoli sin pérdida de tiempo.

Una de ellas, referente al trágico fin de su querido amigo Claudio Augustal, asesinado en su propio lecho por los odiosos secuaces de Nerón, produjo en su alma indescriptible amargura. La otra, estrechamente relacionada con esta, hizole derramar copioso llanto; pues Caya Virginia Spusia, la inocente hija de su bondadoso protector, privada de la herencia que en derecho le pertenecía por haber sido confiscados los bienes de aquel,

veíase en la más triste orfandad, sin amparo ni ayuda de ninguna especie.

Columela no vaciló un instante. El era rico, inmensamente rico; no poseía, por desgracia, descendencia á quien legar su cuantiosa fortuna; y desde aquel momento juró é hizo formal promesa de ser el padre adoptivo de la pobre huérfana; pues solo así podía, en cierto modo, pagar los inmensos favores y beneficios recibidos de Claudio Augustal.

Tomada esta resolución hizo renuncia del cargo importantísimo que desempeñaba; abandonó el Oriente y regresó á Roma precisamente en la crítica circunstancia en que el pueblo amotinado y aun muchos de los más caracterizados individuos de la clase Patricia, pedían con exténtorea voz la muerte de aquel inicuo Cesar, cuyas infamias y crueldades eran mejor para contadas que para sufridas.

Columela sólo se detuvo en la Córte imperial el tiempo necesario é indispensable para recoger á Caya Virginia Spusia y saludar á Publio Silvino; único de sus antiguos amigos y colegas á quienes la muerte había respetado aun; y á las veinticuatro horas escasas de su llegada á la Metrópoli, salió por la puerta Carmental (Scelerata) en compañía de la infortunada jóven; cruzó el Tiber en una ligerísima barca veyenesa, y dirigiose acto continuo hacia Carsolí, cuyos fértiles campos lograba ver después de quince años de ausencia de la madre pátria.

Este fué el último retiro de Lucio Junio. En él, ageno por completo á los vaivenes y agitaciones de la política romana; viviendo al lado de su preciosa hija adoptiva, cuya gratitud y reconocimiento sin límites era cada vez mayor, y entregándose por completo al cultivo y laboreo de las afamadas viñas de su propiedad y demás heredades situadas en los campos de Arbea, logró vivir feliz y venturoso, mientras que sus contemporáneos leían con

avidez la magnífica obra de *Ré Rústica*, publicada al año siguiente de su regreso á Roma.

El último libro de Columela fué recibido por los hombres de ciencia de la época con entusiasmo indescriptible; y fué tal la admiración que produjeron en todas partes sus páginas interesantísimas, que *Plinio el mayor*, que por aquel entonces era una autoridad indiscutible entre los más famosos sábios del imperio, afirmó en sus disertaciones de la Academia Claudia que, como Columela, no había habido ningún otro hombre capaz de hacer una verdadera revolución en las difíciles ciencias agronómicas.

El tratado de *Ré Rústica* fué traducido al griego inmediatamente por el naturalista y físico Tebano *Eulion* de Enelides; y en la antigua península de los Temístoches y Epaminondas se honró sobremanera el ya afamado nombre del insigne agrónomo andaluz.

La pequeña ciudad de Carsolí se vió visitada muchas veces por gran número de sábios que iban á saludar personalmente al ilustre hijo de Gades (ya septuagenario) y al ocurrir su fallecimiento en el año 76 de la era cristiana (bajo el reinado de Vespasiano) todos los habitantes de aquella poética región, ensalzada por el mismo Columela en sus obras, acudieron en tropel á rendir los últimos homenajes de respeto, cariño y consideración hacia el hombre que de tal manera había logrado conquistarse fama merecidísima por su preclara inteligencia, pasmoso saber y sublimes cualidades de caracter.

La muerte de Lucio Junio fué llorada en todo el Imperio, y á sus suntuosos funerales (costeados por el Cesar reinante) acudió todo el pueblo de Roma; agradecido como ninguno á aquellos de sus hombres célebres que le honraban y le enaltecian á la faz del universo entero.

Columela en su testamento dejó por heredera de sus numerosas propiedades de Roma y España á Caya

Virginia Spusia, casada hacía tiempo con Lúculo Metelo; y ambos esposos mandaron erigir en Carsolí un magnífico monumento que atestiguase á las edades venideras las glorias de aquel insigne sábio, cuyo nombre ha pasado á la posteridad como uno de los más gloriosos de la ciencia agronómica romana.

III.

Después de escrita, con los mayores detalles y pormenores posibles, la biografía del insigne agrónomo español, sólo nos resta, para completar nuestro trabajo, reseñar bajo el punto de vista científico sus dos conocidísimas obras *De Arbóribus* y de *Ré-Rústica*; cuyos preceptos campean hoy, como innovaciones, en muchos tratados modernos de Agricultura comparada.

Dijimos en lugar oportuno de esta biografía y volvemos á repetirlo ahora, que Columela, inspirándose en las disertaciones académicas y teorías más sobresalientes de los libros de Terencio Varron, escribió sus mencionadas obras, que tanto y de tal manera contribuyeron después al florecimiento sucesivo y lógico desarrollo de la ciencia agrícola; pero que, merced á su práctica y experiencia, consiguió dar otro giro muy diferente á las ideas que los agrónomos de entonces tenían sobre ciertos asuntos importantísimos, relacionados con el laboreo de los campos.

Efectivamente. El escritor científico gaditano hizo múltiples y repetidas pruebas en sus posesiones de Asta-Regia primero, y después en las fértiles campiñas de Carsolí, para convencerse de que ciertas faenas agríco-

las y determinados procedimientos de cultivo, puestos en práctica por los agricultores de su época, no eran los más á propósito para obtener pingües productos de las tierras laborables.

Convencido de esta afirmación, nada agradable por sus consecuencias, ideó nuevas teorías, ensayándolas experimentalmente en sus propios terrenos; corrigió y enmendó ciertas faltas, características de toda clase de innovaciones radicales; metodizó sus estudios, y cuando ya estuvo seguro de que los resultados obtenidos correspondían dignamente á todos sus trabajos, hizo públicas sus experiencias en las famosas obras referidas.

La primera, *De Arbóribus*, como lo indica su propio nombre, trataba de todo género de árboles frutales, económicos, forestales, de sombra y arbustos.

El primer tomo ó libro consagrábase especialmente á dictar reglas sobre los medios de multiplicación por semilla, acodo y estaca. *El segundo* tenía por objeto hablar de los ingertos. *El tercero* referíase al estudio de los viveros, sus variedades é importancia. *El cuarto* reseñaba las múltiples variedades de árboles frutales, modo de sembrarlos, de la recolección de sus frutos, de sus enfermedades, y del interesantísimo cultivo de la vid. Y, por último, *el quinto* deteníase con extraordinaria escrupulosidad en examinar las semillas arboríferas, su conservación, manera de utilizarlas y medios de transporte.

Hasta hace pocos años y siguiendo en un todo las afirmaciones de los agrónomos de la Edad Media, creíase que la obra citada solamente había constado de cuatro libros; pero el erudito investigador belga Gornhassan, miembro de la Real Academia de Ciencias de Bruselas, dedicóse algunos años al estudio de las obras magnas de la antigüedad, muy en particular á los tratados de Agricultura; y en el archivo del Vaticano, en Roma, en cuya capital vivió algunos meses, encontró

varios fragmentos de la Meteorología de Sulpicio Pomponio Régulo, y en dicha obra se hace mención, hasta con detalles muy minuciosos, del quinto libro referente al tratado *De Arbóribus*, escrito por Columela, y que, por desgracia, no ha llegado hasta nuestros días. (1)

La segunda obra de Lucio Junio, titulada de *Ré-Rústica*, la más interesante de cuantas sobre el mismo tema vieron la luz en el romano Imperio, consta de doce tomos.

El primero trata de lo útil, conveniente é importantísimo que es para el hombre de todos los siglos y países el conocimiento teórico y práctico de la Economía Rural.

El segundo refiérese á las tierras; examina su situación; las clasifica según sus diversas materias componentes; estudia el modo de sembrarlas y habla de las diversas mieses y cosechas.

El tercero trata de las viñas y los huertos.

El cuarto dá término al metódico, razonado y detenido estudio sobre los viñedos, sus variedades é importancia de este cultivo.

El quinto tiene por objeto estudiar los fenómenos meteorológicos que influyen, más ó ménos directamente, en el cultivo de las mieses, árboles de todo género y sobre todo de la vid; enseña á conocer el tiempo, á repartirlo y aprovecharlo, en beneficio del mejor, más fructífero y más metódico trabajo agrícola.

El sexto se ocupa de la Zootécnia, ó lo que es lo mismo: de la cría y propagación de toda clase de ganado, de sus enfermedades y medios de prevenir éstas y curarlas.

El séptimo trata en particular de la cría del ganado menor.

(1) En el lugar oportuno damos á conocer á nuestros lectores el descubrimiento llevado á efecto posteriormente por Gornhassan en la Biblioteca del Vaticano en Roma.

El octavo dá reglas para la construcción del corral y colocación de las caballerías.

El noveno se ocupa de las abejas y de los cuidados que éstas exigen para su conservación; de las colmenas y modo de construir las.

El décimo trata de los jardines. Este tomo se halla todo él escrito en exámetros. (1)

El undécimo refiérese al estudio de la jardinería y horticultura; y por último:

El duodécimo, que es el más extenso, trata de los abonos, de la economía agrícola y de las industrias rurales.

Por esta breve reseña se comprende, sin dificultad, que la célebre obra de Columela es un verdadero y magnífico tratado de Agricultura práctica; superior, no solo á la época del eminente agrónomo andaluz, sino á otras edades posteriores.

Así lo han reconocido varones tan distinguidos como Juan Grial, Gaspar Barthio, Quensteld, el Cardenal Bona y el célebre valenciano Luis Vives; y muchos hombres científicos modernos prefieren el tratado de Columela, en cuanto á pureza de dicción, elegancia gramatical, sobriedad de estilo y grandiosidad de pensamientos, á los de Varrón, Catón y el mismo Plinio; el príncipe de los naturalistas de Roma en tiempos del Imperio.

Varias traducciones de la magnífica obra de Columela se han llevado á cabo en España; pero la única digna de mencionarse es la debida á D. Juan María Alvarez de Sotomayor. (Madrid 1824).

En el extranjero hay muchas y muy buenas, especialmente francesas, inglesas y alemanas. Las mejores y más consultadas en el día son: las de Mr. Vecuaran-

(1) El autor lo escribió así á instancias de su cariñoso amigo Silvino. Primeramente apareció redactado en prosa.

ce, Barret, el Conde de Brotanges, Freisdhmun, Wangers, Gornhassan, Wanfectell, Gastmud y Juan de Blanch.

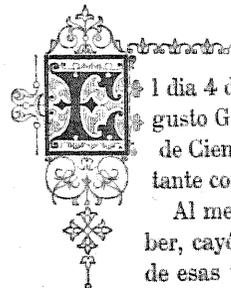
Para concluir; Columela, según Jorge de Alejandría, corrigió las noticias, preceptos y máximas de los agrónomos anteriores á su siglo, y modificó, experimentalmente, las rutinarias prácticas antiguas.

Aquí damos por terminado el trabajo biográfico que nos propusimos escribir; y no dejaremos nuestra pluma sin dirigir loóres al insigne escritor, honra de España, que de tal modo dignificó á la hermosísima pátria en que naciera, y á la poética ciudad de Cádiz, su país natal; tan grande siempre por su cultura, ilustración é inmenso saber de aquellos de sus hijos, que en todas partes alcanzaron para ella glorioso é inmortal renombre.

Pamplona 31 de Junio de 1887.



EL HALLAZGO DE GORNHASSAN.



El día 4 de Julio de 1874 llegó á Roma Mr. Alfredo Augusto Gornhassan, Vice-Presidente de la Real Academia de Ciencias de Bruselas, siendo portador de una importante comisión científica, costeada por la misma.

Al mes escaso de su permanencia en la ciudad del Tiber, cayó postrado en el lecho del dolor; víctima de una de esas traidoras fiebres palúdicas, tan frecuentes en la campiña romana; pero merced á los exquisitos cuidados de que fué objeto por parte de todos sus amigos, á los pronto y eficaces auxilios de la Medicina, y á su naturaleza robusta y vigorosa, pudo vencer la terrible enfermedad contraída.

Cuando, ya convaleciente y por consejo de sus facultativos, comenzó á salir del Hotel en que se hospedaba, como único medio de distracción, dirigióse á la famosa Biblioteca del Vaticano; en donde, no ya estudiando ni leyendo, pues sus débiles fuerzas no se lo permitían, sino en plácida conversación con el ilustrado Jefe del Archivo Papal, pasaba horas y horas enteras, hasta que su cariñoso amigo, Jorge Prascini, obligábale á regresar á dicho Hotel.

En una de sus repetidísimas visitas al mencionado Archivo y ausente á la sazón el Bibliotecario, antojósele á Gornhassan el proceder á la inspección de uno de los estantes en que se guardaban las obras, no catalogadas todavía, del antiguo Monasterio de Velusa; donativo

hecho al Pontífice actual por dos de los más caracterizados miembros de la Academia de los Arcades; y ¡oh! sorpresa: en el primer paquete de libros, amontonados aún sin orden ni concierto; medio destruido por los ratones, apolillado por la humedad, y cubierto de una espesa capa de polvo del célebre convento Franciscano de las Marcas, halló Gornhassan el quinto tomo de la primera obra de Columela; cuya notoria antigüedad no podía bajar, por lo menos, de *cuatro ó cinco siglos*.

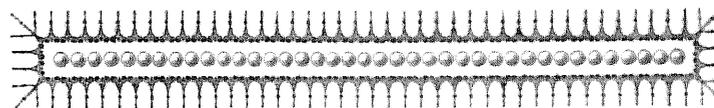
Es decir que era producto y debíase su copia á uno de aquellos pacientísimos monjes del siglo XIV; época en que tantas reproducciones manuscritas se hicieron de las renombradas obras científicas de la antigüedad pagana.

Gornhassan, profunda y admirablemente impresionado por el hallazgo, de que hacemos mención, dió cuenta del asunto al Jefe del Archivo, así que este hubo regresado á Roma; y como su único deseo estribaba en poseer, á toda costa, el precioso libro descubierto, dirigióse en solicitud al Pontífice, al propio tiempo que comunicaba la fausta noticia á la Academia de Bruselas.

Esta autorizó á su Vice-Presidente para realizar, á *cualquier precio*, la compra de tan inestimable tesoro científico; y después de muchas gestiones, continuas conferencias, luminosos informes y no pocos obstáculos, el libro en cuestión pasó á *ser propiedad* de la susodicha Academia.

En menos de cuatro años hicieron once ediciones del mismo; entre ellas una costeada por S. M. el Rey Leopoldo, cuyo primer ejemplar, riquísimamente encuadernado en tistú de oro, fué remitido como regalo á la Biblioteca Vaticana.

Hé aquí, pues, la casual circunstancia á que fué debido el encuentro del quinto tomo referente á la obra "*De Arbóribus*," de Columela; el cual tiene por único y exclusivo objeto estudiar con todos sus detalles la *meteorología* agraria, y los varios efectos á que sus fenómenos dan lugar en el cultivo de toda clase de productos.



APÉNDICE.

Nombres de los Emperadores romanos que ocuparon el solio durante la vida de Columela.

Octavio Augusto.	(30, á de J. C.—14 D. J. C.)		
Tiberio.	(14—37 de la era cristiana.)		
Germanico.	(37	id.)
Cayo Cesar Calígula. . .	(37—41	id.)
Tito Claudio Cesar. . .	(54—68	id.)
Servio Sulpicio Galva. .	(69—69	id.)
Silvio Oton.	} (69	id.	id.)
Vitelio.			
Flavio Vespasiano. . . .	(69—79	id.)

Obras españolas y extranjeras que han sido consultadas para la más acertada redacción de la Biografía que antecede.

De Ré-Rústica.—(Alvarez de Sotomayor). Valencia. 3.^a edición corregida por D. Nicasio Perez Igualada. 1837.

La Ciencia agronómica romana.—(Vicentes Samper). Barcelona.—1842.

Españoles ilustres del Imperio.—(Jorje Molins). Barcelona, 1.^a edición.—1858.

Crónica de las ciencias latinas.—(Mr. Alfret D.' Avison). Paris.—1879.

Obras de Columela.—(Mr. Jules Miquett). Marsella. 10.^a edición.—1881.

Nuevo estudio sobre la obra "*De Arboribus*," de Columela.—(Monsieur Gornhassan).—Bruselas. 11.^a edición.—1877.

La agricultura romana durante los Césares.—(Mr. Blendarchffild).—Berlin. 5.^a edición.—1871.

Historia natural.—(Plinio el mayor).—Edición francesa, traducida por Mr. Paul de Colohet.—1883.—Burdeos.

Prenesto, el retórico y botánico.—(Mendes Chaves).—Cohimbra.—1874.



NOTAS.



A.—Además de los eminentes hombres científicos que, en lugar oportuno, quedan citados y atestiguan, como testimonio brillantísimo é irrecusable, la preponderancia del saber hispano-romano, en la primera época del Imperio latino, podemos añadir los siguientes: *Julio Flavio Emeritense*, Geógrafo insigne, autor de una obra, muy poco conocida, y cuyo título es: "La Región Ibérica en tiempo de Nerón.," *Cayo Nemoriano Epuleyo*, Botánico distinguido.—*Sergio Ligurio Salmantino*, Geómetra.—*Licio Sulpicio Spusio*, Historiador.—*Claudio Hispalense*, Filósofo; y *Domiciano Flavio*, Poeta didáctico.

B.—En los últimos años de la República y á propuesta del Cónsul *Mantio Vulso*, vencedor de los istrius en las márgenes del *Timago*, llegó á concederse la ciudadanía romana á todo aquel que hubiera dado pruebas suficientes de su talento y perseverancia en el desarrollo de la ciencia agrícola.

C.—*Teodosio el Grande*, español de nacimiento, elevado al trono imperial el 19 de Enero del año 379 de la Era Cristiana, y émulo de las virtudes y sobresalientes cualidades de *Trajano* y *Adriano*, españoles como él, ordenó al jurisconsulto *Máximo Tesalónico* la redacción de un Código agrario, que redujera á preceptos y reglas fijas la contratación comercial de los primeros productos de la Agricultura en todo el Imperio de Oriente.—Dicha obra, en absoluto perdida para la

posteridad, fué uno de los más legítimos títulos de gloria con que logró envanecerse la raza latina en tiempo de los Césares.

D.—Los legionarios romanos, una vez terminada la conquista de los países sometidos al Imperio, obtuvieron en usufructo pingües propiedades rústicas; cuyo cultivo, en todos sus pormenores y detalles característicos, había de hacerse con sujeción á las reglas establecidas en la Metrópoli.—Algunos Edictos imperiales concedieron grandísima importancia á esta costumbre, elevada á la categoría de ley en épocas posteriores.

E.—Hé aquí copiada, íntegra y literalmente, la cortísima pero célebre epístola dirigida por COLUMELA á su amigo *Druso*, Prefecto de las Galias:

Lucio Junio Moderato COLUMELA saluda á Emiliano Virginio Druso.—Te envío mis plácemes y mi enhorabuena más cordial por el nuevo cargo obtenido del Emperador. Me consta que tratas de hacer tu Prefectura todo lo paternal que ese país se merece; yo anhelo que suceda así y que dediques tus afanes al desarrollo de su riqueza agraria. Advierte y no lo olvides jamás, que doble y respetuosa consideración alcanza un Magistrado y se consigue para la Metrópoli, cuanto mejor es el beneficio prestado á las clases humildes del pueblo que se gobierna. Esos *galos*, cuya tierra es pasmo de fecundidad, solo aspiran á obtener leyes sapientísimas, que protejan la producción alcanzada con el sudor de sus rostros. Si les atiendes, podrás contar seguro el triunfo en negocios más áridos de otro género. Además, repara en que Roma solicita cada año nuevas riquezas agrícolas, porque es muy grande su consumo. La vida del Imperio está en razón directa de la producción del suelo laborable en Italia, las Galias y la Iberia. ¡Ay! del día en que aquella escasee, falte ó se amortigüe. El Imperio sucumbirá. Razones de Estado, pues, nos aconsejan favorecer, por todos los medios posibles é imaginables, el adelanto de la Agricultura Nacional.

Pásalo bien.

F.—Los *Aruspices* y los *Augures* tuvieron grandísima importancia para el pueblo latino, tanto en la Roma republicana como en la imperial.—El vuelo y canto de las aves; los truenos y relámpagos y, en

general, todos, ó casi todos los fenómenos meteorológicos; la palpitación de las entrañas de las víctimas, inmediatamente después de verificado el sacrificio, y el flujo y reflujo del Oceano, en las horas periódicas de las mareas, eran revelaciones con que los Dioses complacíanse en manifestar su voluntad á todo linaje de pueblos y familias. Este misterioso culto, de origen Pelásgico, según *Le Bas* y *Filgodere*, fué introducido en Roma por el primer *Tarquino* (5.º Rey de la Ciudad del Tiber y 2.º de la dinastía Etrusca).

G.—La fundación de la célebre Escuela Agrícola Gaditana, instituida por Columela, dió origen á otras muchas que se establecieron en *Hispalis* (Sevilla). *Emerita-Augusta* (Mérida). *Escalavis* (Santarem). *Cártao-Nova* (Cartagena). *Corduba* (Córdoba). *Malaca* (Málaga), y *Toletum* (Toledo).—La de Gades subsistió hasta la primera época de la invasión Visigoda y la *Hispalense* hasta el reinado de Leovigildo. (*Le Bas*, *Critoniere*, *Ricardi* y *Villenoire*.)

H.—A los comienzos del primer siglo de la Era Cristiana se desarrolló en toda la Península Ibérica, pero muy particularmente en la España Citerior y en la Bética, una horrorosa epidemia, conocida con el nombre de "Peste de Levante"; la cual ocasionó, lo mismo en las grandes que en las pequeñas poblaciones del litoral del Mediterráneo, innumerables víctimas.—*Gades* (Cádiz). *Ad-Portum* (Puerto de Santa María). *Calpe* (Gibraltar). *Abdera* (Adra). *Mainace* (Almuñecar). *Lucentum* ó *Acræleuca* (Alicante). *Valentia* (Valencia). *Dertosa* (Tortosa), y *Barcina* (Barcelona), fueron los puntos más castigados por el terrible azote.

I.—Era tanta y de tal manera considerable la producción de cereales, vino y aceite en España durante la primera época del Imperio Romano, que las naves mercantes, únicas y exclusivamente consagradas á la exportación de dichos productos, cubrían, casi en su totalidad, las aguas de los puertos *Gaditano*, *Alicantino*, *Ameritense* y *Barcelonés*.—Las expresadas naves hacían escalas en las principales capitales marítimas del litoral *Italiano*, *Griego*, *Jónico* y *Bizantino*.

J.—La primera obra de COLUMELA, es decir: el tratado Magistral, conocido con el nombre "*De Arboribus*", fué terminado al año y medio escaso de la permanencia del célebre agrónomo en la capital del Im-

perio; pero, según el *Abad de Pluche*, Comentarista de nuestro insigne compatriota, éste corrigió y adicionó después la obra expresada, publicándola, tal y como hoy se conoce, á los seis años de su llegada á Roma.

K.—*Plácida Casia*, esposa de COLUMELA, á quien éste, sin duda alguna, hace alusión en el prefacio del tomo 7.º de "*Ré Rústica*„, fué una distinguida poetisa *Carsolítana*; de cuyas obras nos dá ligera noticia *Honorato Celió* en su libro "*Poetas del Imperio*„.—También *Mr. Ludovico Efersson*, menciona á tan ilustrada escritora en sus "*Narraciones biográficas de los grandes genios literarios de la Roma Imperial*„.

L.—Según *Gaspar Barthio*, al final de la entrevista celebrada entre *Tito Claudio* y COLUMELA, el Emperador dijo á éste:

—“Quisiera otorgarte alguna recompensa por tus trabajos agronómicos y por tus relevantes servicios en pró de la ciencia y del pueblo latino: ¿La aceptarás?„

—“César, contestó *Lucio Junio*; la única que podría merecer, la obtuve y la conservo: Los *Manes* han querido darme en *Plácida Casia* el premio mejor que Roma tiene. ¿Qué otro puede igualar al que ahora disfruto?„

Bellísimas frases que, por sí solas, atestiguan la digna altivez de COLUMELA y su apasionado cariño á la poetisa insigne de *Carsoli*.

LI.—Columela, en su importantísimo cargo de Prefecto Imperial en los países de Oriente, desplegó todas las buenas cualidades que le caracterizaban; de tal manera, que hasta sus mismos detractores y enemigos políticos, pues también los tuvo el célebre Español, convinieron en asegurar que la Prefectura de éste había sido una de las mejores, más justas y más sábias.—Merced á su talento, aquellas magníficas regiones, conquistadas por los legionarios romanos, olvidaron durante algún tiempo el yugo con que las sujetaba la Metrópoli; y el nombre de *Lucio Junio* fué repetido con admiración, entusiasmo y gratitud sin límites por todos los habitantes de la *Siria*, la *Caria*, la *Frigia*, el *Pronto* y la *Cilicia*.

M.—Marco Augustal, uno de los primeros *patricios* que hizo públicas en el Foro las crueldades y escandalosos vicios del *César Neron*, fué asesinado por los esclavos de este, en su propio domicilio, á los

66 años de edad.—Los feroces sicarios del déspota quisieron atentar al pudor de la hermosa hija de *Marco*, *Caya Virginia Spusia*; pero esta heroica jóven, émula de aquella otra VIRGINIA de la época de los *Decenviros*, defendióse todo cuanto pudo y logró dar tiempo á que el pueblo amotinado penetrase en la mansión violada por los asesinos; salvando así su honra y su vida.

N.—Los comentaristas de COLUMELA, entre ellos *Casiodoro*, *San Isidoro* Arzobispo de Sevilla, *Juan Grial*, *Gaspar Barthio*, *Quenstedt*, el *Cardenal Bona*, *Luis Vives*, el *Abad de Pluche* y *Mr. Saboureux de la Bonnetrie*, aseguran que la célebre y nunca bien ponderada obra magistral de *Ré Rústica*, es lo mejor, lo único escrito en la antigüedad sobre Agricultura, Economía Rural, Física y Meteorología agraria.—Todos ellos convienen en que la dicción, estilo, pulcritud, y elegancia de lenguaje de nuestro compatriota, es igual y aun supera, en algunos pasajes de sus libros, á las de los mejores escritores del *Siglo de Oro* de las Letras y las Ciencias latinas.—Esta misma opinión se halla confirmada por hombres tan respetables y conocedores del idioma del *Lacio*, como *Villenoire*, *Guillermo Sant-Bruet* y *Gornhassan*.

N.—La erudición de COLUMELA fué pasmosa; pues además de poseer tan vastos y profundísimos conocimientos en Agronomía, Botánica, Física y Meteorología, en todas sus obras se distingue como eminente geógrafo, historiador, filósofo y político.

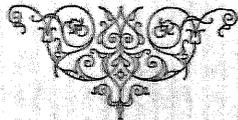
—Como poeta, además, mereció señalado renombre por todos sus más célebres contemporáneos.





ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Carta-Prólogo.	VII
Prefacio del autor.	XI
Biografía.	1
El hallazgo de Gornhassan.	31
Apéndice.	33
Notas.. . . .	35



Precio 1 peseta.

OBRAS DE ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

	<u>Ptas.</u>
Los Mártires de la pobreza, <i>novela social</i> , 2 tomos..	4
El Cuadro de la Madonna, <i>novela</i> , 2 "	3
Ensayos críticos sobre el arte dramático moderno. 1 "	1,50
Ultimos arpegios, <i>composiciones premiadas</i> , un folleto en 4.º	1
Notas y preludios, <i>composiciones premiadas</i> . 1 "	2
La derrota de Olaso, <i>poema premiado</i> , un folleto en 4.º	1

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

- La Beneficencia Provincial, Municipal y Particular en Navarra, su origen é historia, sus vicisitudes y estado actual.
- El Manicomio Vasco-Navarro, memoria histórica, estadística y administrativa.